

Mariano Felipe Paz Soldán. Es, por último, año más año menos, la época de la publicación de los Atlas de Paz Soldán y de Jouanny y de una impresionante cantidad de mapas que descubren para los interesados el territorio nacional descrito con especial detenimiento.

Pero lo que sucede durante esa década no fue una explosión súbita, pues tenía claros antecedentes en las dos anteriores, y confirma cuatro puntos que hemos venimos sosteniendo: (a) durante la década de 1870, en el Perú hubo algo así como una explosión cultural (es preferible no usar el término *boom*, pese a que sería muy útil), desmesuradamente mayor que la ocurrida en otros momentos favorables de la misma centuria (1828, 1846, 1859); (b) lo ocurrido no fue un estallido injustificado, pues de todo puede encontrarse algún antecedente aunque este aparezca borroso; (c) es interesante observar cómo globalmente lo ocurrido no tiene conexiones directas ni con la actividad gubernamental ni con la bonanza económica y prueba de ello se halla en la fragilidad del desarrollo del periodismo cultural (cierra la Revista de Lima, no sobreviven las revistas pequeñas) y (d) el mérito por lo ocurrido no corresponde exclusivamente al gobierno de Manuel Pardo, tal como la historia tradicional ha venido sosteniendo, sino debe ser compartido con otros personajes que si bien no son desconocidos, el mérito que se les reconoce no corresponde a los aportes que en realidad hicieron, lo cual es materia de otro trabajo.

Y quiero terminar esta presentación con un texto de Luis Alberto Sánchez que ya he utilizado en otra ocasión:

“En realidad, pocas épocas como aquellas para destacar a los escritores. Los románticos pudieron jactarse de haber reconquistado el reino de la inteligencia. Se caminaba hacia un renacimiento cultural peruano, en todos los órdenes (poesía lírica, poesía festiva, tradición, historia erudita, teatro, filología, folklore) cuando estalló la guerra de Pacífico. Hubo que mudar de voz”.

### **Discurso de recibimiento por el Dr. Oswaldo Holguín Callo**

Señor presidente de la Academia Nacional de la Historia.

Señores académicos.

Señoras y señores.

Tengo el honor de representar a la Academia Nacional de la Historia en el recibimiento de su nuevo miembro de número doctor Alberto Varillas Montenegro. Creada por el Estado en 1905, la Academia ha mantenido la tradicional práctica de incorporar a sus asociados según los usos establecidos en Europa desde antiguo y, de esa manera, dar lugar a una disertación que enriquezca el patrimonio intelectual de la nación, lo que en esta noche se ha cumplido a cabalidad con el discurso que

acabamos de escuchar. Tócame pues, en acto de rigor protocolar, señalar los principales atributos con que el doctor Varillas inviste desde hoy la condición de miembro de número de nuestra Academia.

Con los grados de bachiller en Derecho y Ciencias Políticas y en Humanidades, y de doctor en Literatura, y el título profesional de abogado, todos por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), la vida de Alberto Varillas ha transcurrido entre las labores administrativas y políticas, la docencia y la investigación. Director de la Escuela de Estudios Especiales y secretario general de la PUCP durante casi treinta años, hasta 1994, y después ministro de Educación y embajador en Costa Rica, la importancia de esos encargos dan cuenta de su capacidad para desempeñar funciones de suma responsabilidad. Ha sido profesor en las Facultades de Letras y Arte de su *alma máter*, y actualmente lo es en la sección doctoral de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Miembro del Instituto Riva-Agüero y director de su Seminario de Literatura, investigador de la Universidad de San Martín de Porres, miembro de número de la Academia Peruana de la Lengua, profesor honorario de las Universidades Nacional de Cajamarca y de Tacna, preside desde hace varios años el Patronato de la Casa Museo Ricardo Palma. La condición de miraflorentino amante de su distrito le ha hecho ejercer tareas cívicas reconocidas con la medalla de honor de su Municipalidad.

Pero el doctor Varillas no ocupa un asiento de número en nuestra Academia por esa honrosa foja de servicios sino por sus muy valiosos aportes al conocimiento histórico de nuestra literatura, de nuestro periodismo y de las relaciones del Perú con el Ecuador, campos que ha labrado con mucho fruto desde que confirmara su vocación humanística en los viejos claustros de la Universidad Católica en la casi legendaria plaza Francia, en predios que fueran de los padres franceses de los Sagrados Corazones y su Colegio de la Recoleta, hoy convertidos en gran parte en galerías donde la informática impera y discurre en formas mil. Ese barrio limeño de hoy medrada residencialidad, otrora virreinal baluarte de los novicios dominicos, que acunó a los jóvenes de la Católica hasta los años novecientos setenta, es hoy, como en parte del país mismo, una combinación muy peruana de viviendas, comercios, oficinas y academias de toda laya. Los verdaderos estudios, esos que amplían y enriquecen la cultura y el espíritu, han debido trasladarse al campus del Fundo Pando, o refugiarse en la vieja casa del Instituto Riva-Agüero de la calle de Lártiga o en su Museo de Arqueología Josefina Ramos de Cox, a la vera del monumento al fundador padre Dintilhac. A su vez, la Academia Nacional de la Historia tiene su sede en esta Casa de Osambela u Oquendo, hogar también de otras academias nacionales, y desde aquí se mantiene vigente a pesar del ningún auxilio público que recibe. Saca a luz la *Revista Histórica*, igualmente centenaria, y se hace presente, tanto en el país como en el extranjero, cuando se solicita su concurso u opinión. Carece de los medios de fortuna de otras academias nacionales de la historia, como la argentina o la venezolana, que cuentan con vastos recursos para cumplir sus

tareas, pero no le falta vocación de servicio al país, su razón de ser y compromiso sagrado. Paradójico es que pueblo tan cargado de historia como el peruano, descuide su cultivo y crecimiento, pensando quizá que por esa riqueza de pasado su cabal conocimiento no se agota ni resiente. El resultado es una ignorancia peligrosa, sobre todo entre los jóvenes, así como una identidad nacional débil y, por lo mismo, llana a acoger cualquier discurso desintegrador. Esta situación debe ser corregida y superada por el Estado y la sociedad toda, no para beneficio de la Academia Nacional de la Historia, que solo aspira a servir a la nación, sino del Perú.

El principal terreno del trabajo intelectual de Alberto Varillas es la literatura peruana como producto de una época, el siglo XIX, la cual le debe esenciales publicaciones entre las que destaca *La literatura peruana del siglo XIX. Periodificación y caracterización*<sup>12</sup>. En este libro se emplea el método de las generaciones desarrollado por José Ortega y Gasset y sus seguidores en el mundo hispanohablante, método que permite ordenar en grupos coetáneos a todos los seres humanos, pero especialmente a los que han dejado alguna huella intelectual o material de su paso. Armado de tal método, Varillas estudia a siete generaciones de plena actuación a lo largo del siglo XIX, integradas por los nacidos entre 1762 y 1866, llamándolas sucesivamente de los promotores y de los actores de la Independencia, del costumbrismo, de la transición, del romanticismo, del eclecticismo y, digo yo porque así lo da a entender nuestro recipiendario, de la Guerra del Pacífico. En tal virtud, recoge en sus nutridos cuadros y catálogos los nombres y las obras de más de mil personas de notoria actuación en el siglo XIX, y no solo literatos, sino ensayistas, oradores, periodistas, historiadores, filósofos, artistas (músicos y plásticos), científicos, docentes, magistrados, juristas, eclesiásticos, políticos, militares, empresarios, etc. Todo ello convierte a este libro en obra de primera consulta, cuya segunda edición, debidamente corregida y aumentada, esperamos muchos.

Señalada así la índole histórico-crítica de sus trabajos literarios, su estudio titulado *Apuntes para una historiografía de la literatura peruana republicana del siglo XIX*<sup>13</sup> apunta a rescatar los principales textos sobre esa materia a fin de entender el proceso de escritura de nuestra historia literaria, desde la rara obra en portugués de José Manuel Valdez y Palacios (1844 y 1971) hasta los muchos volúmenes escritos por Luis Alberto Sánchez. El interés por ensanchar la base documental, rescatando autores y obras preteridos o de difícil acceso, sustenta esta monografía. Al mismo interés obedece la cuidadosa edición facsimilar de *Carácter de la literatura del Perú independiente*, la célebre tesis de bachiller en Letras que en 1905 sustentó en San Marcos un joven limeño de solo veinte años, José de la Riva-Agüero y Osma, que Varillas enriquece con un índice onomástico y textos de época –de Miguel de Una-

12 Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (Fondo Editorial), 1992.

13 Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (Instituto Riva-Agüero), 2010.

munio y Francisco García Calderón Rey— para apreciar su recepción por el mundo intelectual<sup>14</sup>.

Ordenar, sistematizar, organizar, clasificar, señalar períodos objetivos a la factura de nuestras obras literarias, son el motor y acicate de estos trabajos, pero también su objetivo. Ello se afirma en un espíritu afín y amigo de la investigación sostenida por bases ciertas y sólidas, en este caso sobre información segura y confiable. Otro soporte de esta persistente y metódica tendencia en nuestro recipiendario es la diversidad de autores que incorpora al corpus letrado peruano, enriquecido con el no escaso contingente de escritores menores que desbordan, como hemos visto, la parcela literaria. Riva-Agüero puso los ojos solo en los más destacados poetas, novelistas y dramaturgos del Perú del XIX poscolonial, en análisis clásico, aunque severo, que inauguró de manera brillante la crítica literaria entre nosotros; posteriormente, Sánchez, Tamayo Vargas, Delgado, Cornejo Polar y otros analistas propios y ajenos ampliaron sus términos y recogieron más voces del incontable coro de escritores de ese período, pero Varillas ha querido ser aún más completo y dar lugar en sus repertorios a quienes en su campo y circunstancia, en su oficio y situación, muchas veces limitada y azarosa, tienen un lugar en nuestra historia intelectual y no solo literaria. Sigue así el camino que en cierta forma inauguraron el académico Alberto Tauro y Emilia Romero de Valle, biógrafos y bibliógrafos que merecerán siempre la gratitud de los estudiosos.

Varillas inició su ya largo romance con nuestras letras decimonónicas dirigiendo sus inquietudes críticas a nuestros costumbristas Felipe Pardo y Aliaga y Manuel Ascencio Segura<sup>15</sup>. El primero le ha merecido una muy autorizada biografía<sup>16</sup>, y el segundo una digna y solvente edición en dos volúmenes de sus *Obras completas*, publicación de la Universidad de San Martín de Porres, la cual constituía una necesidad insatisfecha que brinda hoy textos confiables y autorizados tanto de las obras escénicas como de los artículos de costumbres del insigne comediógrafo criollo creador de “El sargento Canuto” y “Ña Catita”<sup>17</sup>. Adicionalmente, el nuevo académico ha publicado informados artículos sobre importantes temas de nuestra literatura.

---

14 Edición, prólogo y notas de Alberto Varillas Montenegro. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (Instituto Riva-Agüero) y Universidad Ricardo Palma, 2008.

15 Cuenta casi cincuenta años su participación en la edición de Riva-Agüero, José de la *Estudios de literatura peruana. Del Inca Garcilaso a Eguren*. Recopilación y notas de César Pacheco Vélez y Alberto Varillas Montenegro. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (Instituto Riva-Agüero), 1963. (*Obras completas de José de la Riva-Agüero*, 2).

16 *Felipe Pardo y Aliaga*. Lima, BRASA, 1993.

17 SEGURA, Manuel Ascencio. *Obras completas*. Edición, introducción y notas de Alberto Varillas Montenegro. Lima, Universidad de San Martín de Porres, 2005 (i. e. 2006). 2 vols.

Otro campo felizmente frecuentado por Varillas es la historia del periodismo nacional en el siglo del carbón y los ferrocarriles. Su libro *El periodismo en la historia del Perú*, del cual ha salido el primer tomo (*Desde sus orígenes hasta 1850*)<sup>18</sup>, apunta a ser el más completo estudio sobre la materia. Los trabajos pioneros de Mariano Felipe Paz Soldán, José Toribio Polo, Carlos A. Romero, Pablo Patrón y el chileno José Toribio Medina, entre otros, que fueron sobre todo índices, catálogos y bibliografías, y los más recientes de Carlos Miró Quesada, Félix Denegri Luna, Juan Gargurevich, Ascensión Martínez Riaza y muchos más, han abordado desde distintos ángulos y con diferentes metas y resultados ese campo vasto y disperso, constituyendo antecedentes valiosos y, en no pocos casos, aún vigentes del trabajo de Varillas, el cual, con los índices y anexos requeridos por el mundo académico, debe convertirse cuando concluya su edición en texto de larga vida útil. Obra trazada como estudio general y de conjunto, pero dedicada a una tarea presente también en la historia de muchos pueblos y ciudades del país, incluso más de lo sospechado, aunque escrita en Lima y con un propósito totalizador, haría bien *El periodismo en la historia del Perú* en considerar los aportes de muchos estudiosos que han publicado en las provincias valiosos trabajos sobre el periodismo local. Los intelectuales de Lima no debemos desatender ni descuidar aquello que se escribe en las provincias, aunque es verdad que muchas veces los libros de ese origen no llegan a la capital, lamentable situación que determina su poca o nula difusión y consulta.

Con prólogo del querido y recordado académico Percy Cayo Córdova, *Perú y Ecuador. Visión actual de un antiguo conflicto*<sup>19</sup>, en segunda edición ampliada y actualizada con otro título –*Perú y Ecuador: un antiguo conflicto, diez años después*<sup>20</sup>–, es un libro de más de 500 páginas de texto, apéndices, bibliografía e índices que sorprende, pues su materia dista mucho de los predios que Varillas suele transitar. Estudio histórico de las relaciones peruano-ecuatorianas, no es ajeno al derecho internacional ni a la historia reciente, en que finalmente se pudo superar una añeja y perturbadora controversia limítrofe. Uno de los méritos de esta publicación es que constituye “uno de los pocos [textos] en los que se estudia exhaustivamente el asunto desde las dos perspectivas [la peruana y la ecuatoriana], tratando de determinar la forma en que se origina y los extremos a los cuales llegó” (Varillas). La obra revela no solo esfuerzo de síntesis y buena documentación sino capacidad de adaptarse a las circunstancias –su autor se desempeñaba como embajador en Costa Rica cuando la escribió–, además del propósito de labrar una historia al servicio de la verdad y de los intereses de la nación.

---

18 Lima, Universidad de San Martín de Porres (Fondo Editorial), 2008.

19 Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (Fondo Editorial), 1999.

20 Lima, Universidad Ricardo Palma (Editorial Universitaria), 2008.

Al final de esta semblanza, debo destacar que si bien Alberto Varillas se ha ocupado de literatos específicos como Pardo y Segura, y en los últimos tiempos ha incursionado con empeño en el extenso campo señoreado por el tradicionalista Ricardo Palma, su mérito principal es haber abordado al grupo grande, muy grande, de hombres y mujeres que escribieron algo importante o destacado en el siglo XIX, y no solo con fines o motivaciones estéticas. No lo ha hecho señalando sus individualidades sino sus características grupales, su aire de familia en tanto miembros de la misma generación, lo que resulta muy necesario para el progreso de nuestros estudios culturales. Lo mismo cabe advertir de su trabajo sobre el periodismo practicado en ese mal conocido y semi-velado siglo, donde señala las tendencias, los rasgos comunes, las vinculaciones de todo orden entre los numerosos órganos de prensa surgidos durante el período más agitado de la Historia del Perú Moderno. En relación a tan selectas preferencias, debo señalar que los estudios históricos de las actividades del espíritu y afines –lectura y escritura, opinión pública, comunicación y periodismo, literatura y humanidades en general, artes plásticas y escénicas, actividad editorial y venta y difusión de libros e impresos–, han adquirido una vigencia que se sostiene desde hace algunos años y explora día a día nuevas y seductoras facetas. Al respecto, resulta grato recordar que la Academia ha contado entre sus miembros más distinguidos a doctos conocedores de nuestro pasado intelectual y literario, como Riva-Agüero, notable garcilasista y palmista; Porras, biógrafo, crítico y bibliógrafo de Larriva, Pardo y Palma, así como estudioso del periodismo; Sánchez, admirador apasionado de Segura, González Prada, Chocano y Valdelomar; Miró Quesada Sosa, empático estudioso del Inca, del Marqués de Montesclaros y del poeta Melgar; Lohmann, erudito biógrafo de *Amarilis*, de los poetas antárticos de comienzos del siglo XVII, pero también de Valle Caviedes, Peralta, Soto Florido, etc.

Nuestro siglo XIX, riquísimo período de producción literaria, periodística y doctrinal, pletórico de polémicas, ejercicio mental e intelectual, combates por las ideas y los principios, y de amplia discusión de los temas más diversos; siglo que contempló el despertar soberano de una sociedad nueva, la peruana, con un Estado débil al frente, pero sociedad osada y apasionada como joven e inexperta que era, cuyas élites soñaron con alcanzar y hasta superar a la vieja y experimentada Europa, con talentos audaces e iconoclastas no pocas veces, es el período que al doctor Alberto Varillas Montenegro y a otros colegas suyos nos conmueve, y que gracias a sus trabajos puedo decir que conocemos mejor.

Tales son, en ajustadas palabras, los fundamentos objetivos por los cuales la Academia Nacional de la Historia lo incorpora con viva complacencia.